uno de entre nosotros, con alguna disposición para la literatura, hará bien en recordar á cuántos desaciertos y excesos estamos sujetos de los que una academia tiende á corregir; y más propensos, por supuesto, por no tenerla. Hará bien en precaverse constantemente respecto á éstos, en ampliar con firmeza su cultura y reprimir severamente el espíritu provinciano; y lo hará tanto mejor, cuanto más conserve en la memoria que toda glorificación de nosotros mismos y de nuestra literatura, por el estilo de las palabras que cité de lord Macaulay al comenzar estas observaciones, es muy vulgar, y, además de ser vulgar, es un atraso.

ENRIQUE HEINE

No sé si merezco que algún día pongan sobre mi ataúd una corona de laurel. A pesar de lo tiernamente que he amado la poesía, nunca ha sido para mí más que un juguete sublime. En ningún tiempo he dado gran valor á la celebridad poética; y me inquieta poco que las gentes elogien ó censuren mis versos. Pero depositen sobre mi ataúd una *espada;* pues siempre he sido un soldado intrépido en la guerra de la independencia de la humanidad.»

Heine tenía su buena parte de amor por la fama, y le importaba tanto como

á cualquiera de sus colegas de *genus irritabile* que las gentes encareciesen sus versos ó los censurasen. Tenía en sí escasas dotes de héroe. La posteridad de seguro decorará su tumba con el emblema del laurel antes bien que con el de la espada. No obstante, para sus contemporáneos, para nosotros, para la Europa del siglo actual, tiene significativa importancia, principalmente por la razón que indican sus citadas palabras. Es importante porque fué un soldado en la guerra de libertación de la humanidad, si no en extremo valiente, por lo menos el más fervoroso y de mayor ingenio.

Fijar la corriente dominante en la literatura de una época, y diferenciarla de toda otra corriente de menor cuantía, es uno de los más severos deberes del crítico; al cumplirlo, demuestra hasta dónde posee la cualidad más indispensable de su profesión: la rectitud de juicio. El escritor que más ha

hecho para que los autores alemanes sean conocidos, hombre de talento, pero que acaso carece precisamente de esta cualidad de rectitud de criterio—me refiero á Mr. Carlyle—pienso que da prueba en sus trabajos sobre la literatura alemana, de cuán necesaria es esta cualidad para el crítico. Mr. Carlyle habló de Goethe admirablemente; pero Goethe se alza ante los ojos de todos los hombres como centro indudable de la literatura alemana; y desde este céntrico manantial parten muchos ríos. ¿Cuál de esos ríos lleva la corriente principal? ¿Cuál de los elementos de ingenio que vemos activos en Goethe lleva la corriente que influirá más en el porvenir, y engrosará proseguida por los más viriles sucesores de Goethe?—esa es la cuestión. Me parece que Mr. Carlyle concede demasiada importancia á la escuela romántica de Alemania—Tieck, Novalis, Juan Pablo Richter—y da á estos escrito-

res, de verdadera valía dos de ellos, inmerecida preeminencia. Estos escritores, y otros con igual tendencia y pretensiones que las suyas, no son los verdaderos herederos y continuadores del poderío de Goethe. A las obras de Heine es adonde afluye más esta corriente esencial; Heine, mucho más que Tieck ó Juan Pablo Richter, es el continuador de lo que en las diversas aptitudes de Goethe hay de mayor vigor y vitalidad; de todos los autores alemanes que sobrevivieron á Goethe, sobre Heine se extendió indudablemente mayor jirón de su manto. No doy al olvido que cuando Mr. Carlyle se ocupaba de la literatura alemana, Heine, destacándose claramente en el horizonte, no brillaba en todo su esplendor; no olvido, asimismo, que después de diez ó veinte años se aclaran muchas cosas ante el crítico que antes le hubiera sido difícil discernir; y nadie de seguro pensaría en atribuir á

Carlyle como una falta el que años atrás equivocase la corriente central de la literatura alemana, desdeñando la aparición de Heine, y concediendo indebida importancia á esa escuela romántica que Heine iba á destronar; puede más bien señalarse como una desventura enviada quizá en ligero castigo á un crítico que—hombre de talento como es, y nadie reconoce su talento con más admiración que yo—para ejercer las funciones de crítico tiene la obstinación y excentricidad algo excesivas, de un verdadero hijo de la Gran Bretaña.

Heine es digno de atención, porque es el alemán sucesor y continuador de Goethe, más notable en la vía de mayor importancia de su ingenio y actividad. ¿Y qué derivación es esta? Su actividad enérgica como «soldado en la guerra liberal de la humanidad».

Con dificultad hubiera aceptado el mismo Heine esta filiación, aunque

era hombre de un entendimiento demasiado elevado para denigrar las prendas de Goethe, como algunos vulgares liberales de Alemania. «El aire de la Revolución de París», escribe después de los tres días de 1830, «reavivó algo las luces en la oscura noche de mi patria, y prendió fuego á los purpúreos doseles de uno ó dos tronos alemanes; pero los anticuados serenos que vigilan los reinos alemanes, están acudiendo ya con las bombas de incendios, y cuidarán en adelante de tener las velas con los pábilos más cortos. ¡Pobre pueblo alemán, no desmayes del todo en tus cadenas! La cota de hielo que se estila, se derrite con el calor de mi corazón; mi alma se estremece y arden mis ojos; esta es una situación desfavorable para un escritor que debiera dominar el asunto de que trata, conservándose perfectamente objetivo como la escuela artística lo quiere y como hizo Goethe; por este medio

ha llegado á cumplir ochenta años, á ser ministro y á estar considerado. ¡Pobre pueblo alemán! ¡Ese es tu más grande hombre! Pero oid á Goethe mismo: «Si fuese á decir lo que yo he sido para los alemanes en general y para los poetas jóvenes de Alemania en particular, diría que he sido su *libertador.*»

Los tiempos modernos se encuentran con un vasto sistema instituido, hechos establecidos, dogmas acreditados, usos, costumbres y reglas que les han venido de antiguo. En esta situación se desliza su vida, aunque tienen la sensación de que este orden de cosas no es creación suya, y bajo ningún concepto responde convenientemente en á lascesidades de su vida actual, que tiene para ellos la fuerza del hábito pero no la de la razón. Despierta esta sensación, es el grito de alerta del espíritu moderno. En casi todas partes está al presente despierto el espíritu

moderno. La sensación de que no hay correspondencia entre las formas de la Europa moderna y su espíritu nuevo, entre el espumoso vino de los siglos XVIII y XIX y las viejas botellas de los siglos XI y XII, y aun del XVI y XVII, casi todos lo reconocen en la actualidad; ya no es peligroso afirmar que existe esa falta de correspondencia; ya las gentes comienzan á tener rebozo en negarlo. Todos los que tenemos facultades para trabajar, debemos tratar de disolver el antiguo orden de cosas europeo en sus ideas y hechos dominantes; lo que tenemos que estudiar es no emplear acres disolventes para conseguirlo.

Y cómo lo hizo Goethe, ese gran disolvente, en un tiempo en que había muchos menos que ahora, cómo progresó en su tarea de relajar y libertar á la Europa moderna de la antigua rutina, el mismo nos lo dirá: «Por mi influjo, los poetas alemanes se han

hecho cargo de que, así como el hombre vive del interior al exterior, así el artista debe trabajar del interior al exterior, con la mira de que, haga los rodeos que quiera, su propia individualidad salga á luz. Puedo notar con claridad dónde se ha hecho sentir esta influencia mía: brota de ella un género de poesía especial, y sólo por este camino es posible ser original.»

Mi voz nunca se unirá á los que declaman contra Goethe, y si se ha dicho que lo que antecede es defectuosa é impotente conclusión, á la declaración de Goethe de haber sido el libertador de los alemanes en general y de los jóvenes poetas alemanes en particular, yo digo que no lo es. El arraigado é imperturbable naturalismo de Goethe es en absoluto fatal á todo pensamiento de rutina; de una vez para siempre clavó la insignia en el interior de cada hombre, en lugar de hacerlo en su exterior: cuando él dijo,

tal cosa debe ser así, tenía inmensa autoridad y costumbre en su favor para que así sea — así ha sido por mil años — contesta con olímpica cortesía. ¿Pero *es* así? Lo es para *mí?* En realidad nada podía ser más subversivo para el fundamento del orden sobre el cual se asentaba la vieja Europa, y obsérvese que no hay personas tan radicalmente desligadas de este orden establecido, tan por completo modernizadas, como esas que han sentido más intensamente la influencia de Goethe. Si se ha dicho que Goethe declara haber influido en esta senda á pocas personas, y esas eran poetas, se puede responder que no podía al cabo haber tomado mejor camino para atraer la atención del mundo; pues la poesía es sencillamente el modo de decir las cosas más hermoso, más expresivo y de mayor efecto, y por esto tiene importancia. A pesar de eso, el progreso liberal como Goethe lo trabajaba, aunque

seguro, es sin duda lento; llegó, como dice Heine, á cumplir los ochenta años elaborándolo así, y al cabo de ese tiempo la antigua máquina de la Edad Media continuaba crujiendo, las treinta cortes alemanas y sus chambelanes subsistían en todo su esplendor; el mismo Goethe era ministro, y el triunfo visible del espíritu moderno sobre la arbitrariedad y la rutina parecía tan lejano como siempre. Era el año de 1830; los soberanos alemanes habían pasado los precedentes quince años quebrantando las promesas de libertad que habían hecho á sus súbditos cuando necesitaron su auxilio en la lucha final con Napoleón. Graves sucesos acaecían en Francia; la revolución, derrotada en 1815, se había repuesto de su derrota y arrebataba el poder á sus adversarios. Enrique Heine, joven de talento nacido en Hamburgo, y con toda la cultura germánica, pero judío de raza; con vehementes simpatías por

Francia, cuya revolución concediera á su raza los derechos de ciudadanía y cuyo gobierno había sido, como es bien sabido, popular en las provincias del Rhin, donde pasara su juventud; con apasionada admiración por el gran emperador francés; con iracundo menosprecio hacía los soberanos que le habían degradado, por sus agentes, y por su política Enrique Heine no estaba de humor en 1830 para proceder en el expediente liberal contra el antiguo orden de cosas tan gradualmente como Goethe había procedido. Su consejo fué la guerra abierta. Tomando en la mano esa terrible arma moderna, la pluma, pasó el resto de su vida en fogoso combate. ¿Qué batalla fué esa? preguntará el lector. Fué un combate á muerte con el filisteísmo. ¡El filisteísmo!... no tenemos esa expresión en inglés. Quizá no tenemos la palabra porque tenemos demasiado la cosa. Me figuro que en Solés no se hablaría de

solecismos; y aquí, en el mismo cuartel general de Goliat, nadie habla de filisteísmo. Los franceses han adoptado el apodo burgués de *épicier* (especiero) para designar el carácter á que los alemanes llaman filisteo; pero el vocablo francés, además de que echa un borrón sobre una clase respetable compuesta de vivos y susceptibles miembros, mientras los filisteos originales están muertos y sepultados largo tiempo hace, es en sí mismo, yo creo, mucho menos propio y expresivo, en realidad, que el apodo alemán. Se han hecho esfuerzos para obtener algún término en inglés equivalente á *filisteo* ó *especiero;* Mr. Carlyle hizo varios; «la respetabilidad con sus mil peones» —dice—el poseedor de cada uno de esos peones es, según significa Mr. Carlyle, un filisteo. Sin embargo, la palabra *respetable* tiene demasiado valor para ser pervertida con su propio significado. Si los ingleses han de tener

una palabra para la cosa de que estamos hablando—y tan prodigiosos son los cambios que introduce el espíritu moderno, que hasta los ingleses llegaremos quizá á necesitar algún día tal palabra—creo que mejor haríamos en adoptar el mismo término de *filisteo*.

En la imaginación de los que inventaron el apodo *filisteísmo*, debe haber significado originalmente un antagonista fuerte, tenaz, sin cultura intelectual, contra los escogidos, contra los hijos de la luz. El partido de innovación, los que querían ser renovadores del antiguo sistema tradicional en Europa, los que invocaban la razón contra lo establecido, los representantes del espíritu moderado en todas las esferas á que puede aplicarse, se consideraban, con la vigorosa confianza en sí mismos propia de reformadores como gentes escogidas, como hijos de la luz. Miraban á sus adversarios como gentes necias, esclavas de la rutina, enemigas

de la ilustración; estúpidas y torpes pero al mismo tiempo muy fuertes. Esto explica el amor que Heine, ese paladín del espíritu moderno, tiene por Francia, explica la preferencia que da á Francia sobre Alemania; «los franceses—dice—son el pueblo escogido de la nueva religión; sus primeros evangelios y dogmas han sido escritos en su idioma; París es la nueva Jerusalén y el Rhin es el Jordán que separa la Tierra Santa de la libertad de la tierra de los filisteos». Quiere significar que los franceses, como pueblo, se han mostrado más accesibles á las ideas que cualquiera otro pueblo; que las arbitrariedades y la rutina los han dominado menos que á otros; que se han manifestado más dispuestos á moverse y levantarse al mandato (real ó supuesto) de la razón. Esto explica también el odio que Heine sentía por los ingleses: «yo me establecería en Inglaterra—dice en su destierro—si

no hubiese de encontrar allí dos cosas: el humo del carbón y los ingleses; no puedo vivir con uno ni con otros». Lo que él aborrecía en los ingleses era la «ächtbrittische Beschränktheit», como él la llama—la natural rigidez británica.—A la verdad, aunque los ingleses han modificado profundamente el sistema medioeval, aunque es amplia la libertad que se han proporcionado, han procedido en todas sus transformaciones, usando una expresión familiar, á pulgaradas; lo que para ellos era inconveniente en absoluto lo suprimieron, y al suprimirlo no porque no fuese razonable, sino por ser inconveniente en la práctica, rara vez apelaron á la razón para derogarlo, pero si era posible, apoyándose en algún precedente, en alguna orden ó fórmula, que servía como instrumento adecuado á su propósito, les evitaba la necesidad de recurrir á los principios generales. De esta manera ha llegado á ser, en

cierto sentido, el pueblo más inaccesible á los ideales y el que más se inquieta de ellos; inaccesible porque no le son familiares, y le inquietan porque ha crecido tan perfectamente sin ellos, que desprecia á los que no habiéndose desarrollado tan bien, hacen tanto alboroto para alcanzar lo que ellos consiguieron sin ruido. Pero de esto, ciertamente, se ha originado en este país algún abatimiento general de buen concierto; hemos pensado que para nosotros la Filistea es la verdadera Tierra de Promisión, y nada más que eso; el que ha nacido amante de las ideas, execrador de vulgares principios generales, debe sentir en este país que el cielo sobre su cabeza es de bronce ó hierro. El, entusiasta del ideal y la razón, valúa la razón y las ideas, por lo que en sí son, las valúa sin considerar las prácticas conveniencias que su triunfo puede aportarle; y el hombre que contempla la posesión de las

conveniencias prácticas como algo suficiente en sí mismo, algo que le compensa de la ausencia y renunciación del ideal y la razón, es á sus ojos un filisteo. Por esto es por lo que Heine ataca á los liberales con tanta frecuencia y tanta saña; tanto como aborrece el régimen conservador, odia el filisteísmo, y todo el que ataca lo establecido con miramiento, y no como un hijo de la ilustración y progreso, no en el nombre de la idea, es un filisteo. Nuestro Cobbett, á pesar de sus ataques al clero y á la aristocracia, á los que él abomina tanto, es por esto un filisteo con seis dedos en cada mano y en cada pie, veinte y cuatro en junto; un filisteo, el arma cuya aguda lanza es igual al cilindro de un tejedor. Habla de él así:

«Al traducir las palabras de Cobbett, el hombre aparece corporalmente ante mi imaginación, como le vi en aquella tumultuosa comida en la taberna de

la Corona y el Ancora, con su roja cara regañona y su risa original, en la que un odio venenoso se mezcla al burlesco regocijo de la próxima y segura caída de sus enemigos. Es un mastín encadenado que se lanza con igual furia sobre todo lo que no conoce, que muerde con frecuencia las pantorrillas del mejor amigo de la casa, ladra sin cesar y precisamente por su eterno ladrar no se le atiende, aun cuando ladre á un verdadero ladrón. Por lo tanto, los distinguidos ladrones que saquean á Inglaterra no creen necesario arrojar un hueso á Cobbett para que deje de gruñir. Esto hace que el perro esté furioso y feroz, y muestra todos sus hambrientos dientes. ¡Pobre viejo Cobbett! ¡Es el perro de Inglaterra! Yo no te amo, porque mi alma aborrece toda naturaleza vulgar; pero me inspiras profunda lástima, porque veo que te esfuerzas en vano en soltarte y lanzarte á esos ladrones, que

pasan con su botín por delante de tus ojos, burlándose de tus saltos infructuosos y de tus impotentes gruñidos.»

Hay bálsamo de Filistea como lo hay de Gilead. Un círculo escogido de miembros del espíritu moderno perfectamente emancipados de preocupaciones y vulgaridades, considerando el lado ideal de las cosas en sus esfuerzos para el cambio desprecian con vehemencia las medidas graduales condescendiendo con la locura y obstinación humana, seguidos por una multitud descarriada, tímida, entorpecida, conducen un país al gobierno de Bismarck, el canciller de hierro. Una nación que mira el lado práctico de las cosas, el esforzarse en obtener un cambio, no ataca lo que es absurdo, sino lo que es de urgente inconveniencia; y atacándolo en masa,« moviéndose todos si al fin hay movimiento», y tratando á los hijos de la ilustración como á la más dura madrastra, llega á

la prosperidad y libertad de la moderna Inglaterra. Sin embargo, á pesar de todo eso, la Filistea (permítaseme decirlo otra vez) no es la verdadera tierra prometida, como los ingleses comúnmente imaginamos ser; y nuestra excesiva negligencia del ideal y consiguiente ineptitud para él, nos amenaza con serias vicisitudes futuras en el momento en que la idea comienza á ejercer verdadero poder en la sociedad humana, y entretanto nos elimina la simpatía de otras naciones que sienten su poder más que nosotros.

Pero en 1830 Heine halló muy pronto que las bombas matafuegos de los gobiernos alemanes eran ineficaces contra sus esfuerzos directos al incendio «¿Qué demonio me arrastró—exclama—á escribir mis *Cuadros de viaje*, á editar un periódico, atormentarme por los intereses de nuestra época y tratar de despertar la infeliz gleba alemana que duerme en su agujero